

Este breve resumen de la «Biblioteca Aldeana» revela la trascendental importancia que corresponde a esta obra. En ella se ha realizado una obra nacionalista en el mejor sentido de la palabra, que merece ser imitada por las demás Repúblicas del continente.—C. K. R.

<https://doi.org/10.29393/At162-305JMTH10305>

TUMULTOS DE HORIZONTES, por G. Humberto Mata.—Cuenca.
Ecuador

He aquí un nuevo libro del gran poeta cuencano, el autor de *Galope de volcanes* y *Dos corazones atravesados de distancia*, libros que hemos comentado en otra ocasión. Esta obra no es en realidad nueva, aunque recién aparezca a la circulación: sus recios poemas, escritos hace dos o tres años la mayoría de ellos, entraron a la imprenta en 1936; la Dictadura de Páez, con sus oscuros burócratas oficiando de soplones, denunció el libro, se incautó de los pliegos ya impresos y postergó de esa manera considerablemente su aparición. Suerte singular la de este gran luchador con alma y verbo líricos: su obra anterior, *Chorro cañamazo* mereció también los honores de la incautación oficial, esta vez por denuncia del Rector de la Universidad de Cuenca, intelectual de cuyo nombre más vale no acordarse... Helos aquí, ahora, vibrantes y henchidos bajo nuestros ojos los viriles poemas de Mata:

«Bajaron desde el cenit
abrasadas sus frentes con el sol
y con aliento tenso de infinito sus gargantas.
Era concreción de bronce musculoso el macho,
y canela moldeada en hembra bizarra la mujer.

Caminaron, sin pesarles en las sienas su destino,
sembrando una flora de luz donde hollaban sus pasos
bajo el ala clara de los pájaros inquietos
que ya inventaron los trazos de las latitudes...».

Eran los incas que descendían sobre su futuro Imperio.

Así habla y canta el poeta ecuatoriano en versos de bronce, esculpido con la amplitud de enormes golpes de alas. De esta otra manera impreca a sus hermanos peruanos:

«Quiero exprimir en alarido fraterno este poema
cargado con la voz de la América fecunda en impulsiones
al latido patriota que edifica actitud continental
sobre el virus nacido de los Gobernantes.

Quiero hacer, Haya, que palpés esta médula volcánica
a que con ella engrases los fusiles de tus miles de apristas
temblorosos en la luz de aurora, ávida de regarse en el Perú.
Quiero que sepas, león de ideas y de luchas populares,
que este pueblo ecuatoriano está contigo, en el presente y el
(futuro, etc».

Se ha reprochado a este poeta el que sus versos sean demasiado largos y sus poemas, demasiado extensos también. A esto responde Mata, desde el umbral de su libro, con una frase altiva y que retrata su lirismo varonil y la fe en sí mismo que debe tener todo hombre que se estima.—Escribe: «¿Quién se ha atrevido a ponerles camisa de fuerza a los torrentes?». Igual acontece con sus libros: en vano una Dictadura quiso cerrarles el paso con cadenas. El Ministro de Gobierno del régimen que sucedió al del Dictador Páez., devolvió los pliegos incautados, con una nota al poeta, en la que, entre otras cosas, le expresa: «Por lo demás, le felicito. Su verso es límpido y sonoro como una cascada andina. Recio. Con sabor a terruño nativo, donde el indio pone la nota de una viñeta en los solares cuencanos».

El espíritu triunfa siempre al final sobre la fuerza. *Tumulto de Horizontes* va hoy resonando por América.



SABADOMINGO, por César *Tiempo*.—Buenos Aires.—Ediciones Columna

Edición numerada en excelente formato y con una bella portada de Guevara. Contiene una colección verdaderamente antológica de poemas de *Tiempo* en los cuales el autor de *Libro para la pausa del sábado* (Premio Municipal de Poesía) se ha superado y alcanza una perfección ya plena sobre la forma y una ecuación de dominio claro y absoluto en el contenido. Véanse estas estrofas de «Pogrom»:

«Mientras la noche marinera—lanza su gorra al cielo oscuro—
danzan las sombras de la hoguera—sobre el espejo atroz del
(muro.—

Danza la rubia espiga abierta—danza la abuela del pan puro—
llama el horror de puerta en puerta—hasta el patíbulo del muro.—
Danzan los tristes pies heridos—y el béy yidov conflagra el
(viento—

los candelabros encendidos—velan el sábado sangriento.—
Bajo las nubes vagarosas—danzan los sables implacables—
que siegan árboles y rosas—y escaramujos miserables.—
Danza la turba desatada—rueda el pavor, bola de nieve—
Dios tiene la boca cerrada—y el cielo ahora llueve, llueve.—
También danza el silencio como—el batallón trágico y duro—
y hay una música de plomo—sobre el pentágono del muro.—
Danza la pobre madre pobre—sola y sin luz en el desierto—
mientras la lluvia cae sobre—su niño muerto, muerto, muerto.—
En la ciudad la luz descende—sobre el asfalto de piel lucia—
marca al que compra y al que vende—y danza sobre su alma
(sucia.—